

6. Todos juntos

“Nada absolutamente antepondrán a Cristo; y que el nos lleve a todos juntos a la vida eterna.” (RB 72,11-12)

Hemos visto que cuando Jesús nos pide que “permanezcamos en Él”, que “permanezcamos en su amor”, es decir, que seamos sus amigos, lo hace pidiéndonos que nos amemos unos a otros como Él nos ha amado (cf. Jn 15,4-17). No se ama a Cristo, no se adhiere a Él, no se está con Él sin abrazar a su Cuerpo, la Iglesia, la comunidad cristiana, los hermanos y hermanas que encarnan para nosotros la presencia real del Señor. Toda la Regla de san Benito nos educa, forma y corrige para vivir la comunión fraterna como forma real de la comunión con Cristo.

Los capítulos de la Regla dedicados a la oración, más que a rezar a Dios, nos enseñan a rezar a Dios *juntos*. Todos los capítulos, del 8 al 18, están dedicados a la organización del Oficio Divino rezado en coro. El capítulo 19 trata sobre cómo entonar los salmos, pidiendo a cada monje que sea consciente interiormente de cómo se encuentra en presencia de Dios al pensar en las palabras que recita. Sin duda, se trata de una labor personal, que hay que realizar con el propio corazón, pero no hay que olvidar que Benito no se refiere a la oración en soledad, sino a la oración coral en comunidad: “Meditemos, pues, con qué actitud debemos estar en la presencia de la divinidad y de sus ángeles, y salmodiemos de tal manera, que nuestro pensamiento concuerde con lo que dice nuestra boca.” (RB 19,6-7)

Ciertamente, san Benito respeta y fomenta la oración personal, la relación de cada corazón con el Señor; pero también describe esta oración en el ámbito de la comunidad, por ejemplo, al pedir en el capítulo 52, dedicado al oratorio del monasterio, que los hermanos, “una vez terminada la obra de Dios, saldrán todos con gran silencio, guardando a Dios la debida reverencia, para que, si algún hermano desea, quizá, orar privadamente, no se lo impida la importunidad de otro” (RB 52,2-3). Y justo después, san Benito, tras afirmar que cada monje es libre de entrar cuando quiera en el oratorio para rezar en silencio, dice que quien entre a rezar debe hacerlo de manera que no moleste a los demás (cf. RB 52,4-5).

Es como si la regla de la oración, tanto común como individual, fuera siempre la comunión fraterna. San Benito sabe que la oración auténtica es solo la de Cristo, y que la oración de Cristo es custodiada y expresada por su Cuerpo místico, la Iglesia. También el ermitaño reza con verdad si está en comunión con el Cuerpo de Cristo. La oración de la Iglesia está siempre encendida por el don del Espíritu, desde Pentecostés.

Pero también sabemos que la comunión fraterna, que coincide con la comunión con Jesucristo, no nos une únicamente cuando rezamos el Oficio Divino o celebramos la Eucaristía. La Obra de Dios y la Eucaristía son la fuente de una vida de comunión con Dios que se nutre de cada momento y circunstancia de la vida. Toda la vida del monasterio es litúrgica, en el sentido de que, en todo y siempre, la presencia del Señor nos llama a estar en comunión con Él, y en Él, con los hermanos y hermanas.

San Benito nos enseña a vivir cada instante y cada circunstancia con el deseo de estar con Jesús. La puerta en la que está escrito "*VOLO TECUM* — Quiero estar contigo" no es solo la de la iglesia, sino la libertad de nuestro corazón en su relación con la realidad de la vida. Nuestro corazón es la puerta que nos permite entrar en cada circunstancia y encuentro del día diciendo: "¡Quiero estar contigo, Señor!". Quien vive así, quien despierta este deseo en los momentos de oración y meditación, se encuentra viviendo una aventura sin fin, porque todo es espacio y ocasión para encontrar al Señor y vivir en comunión con Él. Entonces, todo se convierte en "paraíso", un retorno a la vocación original de nuestra humanidad, creada por Dios para Dios.

«Creemos que Dios está presente en todo lugar y que "los ojos del Señor están vigilando en todas partes a buenos y malos"; pero esto debemos creerlo especialmente sin la menor vacilación cuando estamos en el oficio divino" (RB 19,1-2).

Entre la vida cotidiana y el tiempo dedicado a la oración litúrgica existe un vínculo constante. La presencia de Dios es real, universal y divina, siempre y en todas partes. Los lugares y los momentos dedicados a la oración coral despiertan y profundizan en nosotros la atención preferencial hacia la Divina Presencia, que tendemos a olvidar y a descuidar.

A menudo, la realidad cotidiana, las personas y las cosas con las que entramos en contacto, en lugar de ser ocasiones de encuentro con Cristo, se reducen a un contacto superficial que olvida su presencia. Pero así no solo descuidamos la Divina Presencia, sino también a las personas y las cosas con las que nos relacionamos, porque Cristo es la verdad y el valor último y profundo de toda la realidad, y sobre todo de cada persona con la que nos encontramos.

Por ejemplo, cuando tenemos que cuidar a un hermano enfermo. Claro que podemos cuidarlo bien aunque solo veamos en él al enfermo, pero se trata de una visión reduccionista, que, en el fondo, define al otro únicamente por su enfermedad y, por tanto, por lo que en él es débil y difícil de soportar. Y esta mirada también nos reduce a nosotros mismos, porque nos convertimos únicamente en personas que deben prestar un servicio, quizá incluso con competencia y generosidad, pero es como si tratáramos al enfermo con condescendencia, porque él es el débil y nosotros los fuertes que lo cuidamos. Pero si tratamos al enfermo con el deseo de estar con Jesús, reconociendo a Cristo presente en él, es como si la realidad en la que vivimos se ampliara y se volviera mucho más intensa y grande que las apariencias.

El comienzo del capítulo de la Regla dedicado a los hermanos enfermos nos revela el secreto de la intensidad de toda la vida: «Ante todo y por encima de todo lo demás, ha de cuidarse de los enfermos, de tal manera que se les sirva como a Cristo en persona, porque él mismo dijo: "Estuve enfermo, y me visitasteis"; y: "Lo que hicisteis a uno de estos pequeños, a mí me lo hicisteis". Pero piensen también los enfermos, por su parte, que se les sirve así en honor a Dios, y no sean impertinentes por sus exigencias caprichosas con los hermanos que les asisten." (RB 36,1-4)

¿Veis cómo Cristo transforma la realidad? Es más, ¿cómo nos permite ver y vivir la realidad en su verdadera dimensión? La realidad que vemos es un hermano enfermo, quizá difícil de curar, porque sufre y le parece que es víctima de negligencias. La realidad que vemos es que se nos ha encomendado una tarea agotadora, a veces realmente desagradable, que no nos reporta satisfacción. A menudo se nos pide que cuidemos de hermanos y hermanas en sus últimos momentos de vida que han perdido el uso de la razón, que quizá se encuentren en estado vegetativo. Pero he aquí que la fe y la oración arrojan una nueva luz sobre esta realidad, aquella que ve y reconoce a Cristo presente. De repente, la realidad humana aparentemente negativa se vuelve divina, se convierte en cómo la ve Dios y se convierte en Dios que nos mira. De negativa, se convierte en la realidad más importante que existe, una realidad digna de adoración, porque en ella Dios está presente. Esto no elimina el esfuerzo ni la dificultad de la realidad. Pero lo cambia todo, porque, como escribe san Pablo: “Por tanto, si alguno está en Cristo es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo.” (2 Cor 5,17).

La verdadera novedad es Cristo, presente y reconocido en la realidad que vivimos; Cristo, que nos pide que estemos con Él, que nos ofrece y nos pide comunión y amistad. Todo se convierte en relación. Incluso el enfermo, sumido en la negatividad de esta situación, si piensa en ello, se da cuenta de que su enfermedad es un espacio de comunión con Jesús. Paradójicamente, una enfermedad, o la cárcel para los reclusos, o cualquier otra situación de coacción y sufrimiento, se convierten en un paraíso, porque se reconocen y se viven como una llamada y un don para estar más intensamente con el Señor.